



## PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

**SEGUNDO CONSEJO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE**  
**23 - 24 DE SEPTIEMBRE DE 1994**  
**" CUENTA POLÍTICA "**

Estimados compañeros y compañeras:

Iniciamos el debate político en nuestro Consejo General en este mes de Septiembre, con el impacto de haber recordado y reflexionado una vez más en torno a los históricos acontecimientos que llevaron al quiebre institucional de 1973 y al heroico combate del Presidente Salvador Allende en el Palacio de La Moneda. El descubrimiento de los cuerpos de Enrique Paris y Jaime Sotelo, junto a los de nueve chilenos que como ellos se encontraban en la condición de detenidos-desaparecidos, han reavivado nuestra convicción que la tarea de hacer verdad y justicia en materia de derechos humanos esta plenamente vigente y, que en especial, los socialistas debemos redoblar el esfuerzo tendiente a establecer la reparación moral necesaria y vivificante de la memoria de los caídos y de los más elevados ideales, valores y principios que les inspiraron en la lucha por la democracia y por una sociedad mas justa en nuestra tierra.

Efectivamente, nuestra sociedad a pesar del consumismo, encuentra energías valóricas y éticas para revitalizar una visión humanista de si misma y de no sometimiento al imperio de la ley de la selva en las relaciones sociales. Por eso, el ejemplo de Salvador Allende y de todos los caídos se yergue como el mas valioso patrimonio moral de las fuerzas populares y de la izquierda chilena. Mas aún, su impulso de energía transformadora y de interpelación a la renovación de la sociedad resulta fundamental para la reconstrucción de los conceptos de idealidad que potencien nuestra fuerza política y nos permitan como Partido Socialista y como Concertación de Partidos por la Democracia, presentar no solo una alternativa que de mejor manera encarne la estabilidad democrática, sino que también la opción que represente más auténticamente las necesidades de cambio y justicia social.

En muchas horas a lo largo de este mes de septiembre, pensando en Allende y los caídos, hemos meditado una vez más autocriticamente sobre nuestra responsabilidad política, reiterando la vocación que nos anima desde nuestra fundación de bregar por una nueva sociedad, profundizando la democracia y transformando en un sentido genuinamente humano las relaciones económicas y sociales. Muchas veces, en la evocación de los que no están, hemos apartado de nuestras mentes los afanes fáciles del resentimiento y la irracionalidad y, con sentido crítico y autocrítico, hemos meditado acerca de las carencias, debilidades y errores que como vertiente política y cultural, decisiva en la vida de los últimos cincuenta años, nos competen en los sucesos que se sellaron el 11 de Septiembre, haciendo más sólida la voluntad política que nos anima para poner toda nuestra vocación, fuerza e inteligencia en la tarea de que tales hechos nunca se repitan.

Sin embargo, no es ese el ánimo del ex-dictador y de los cenáculos que lo halagan; que haciendo uso retorcido y desnaturalizando de la investidura jerarquía que aún ostenta, gracias a los enclaves autoritarios que tan celosamente defienden sus incondicionales, procedió nuevamente a agraviar la memoria de las víctimas, sus familias y la sociedad rechazando con exaltada soberbia el arrepentimiento de su conciencia y con odiosa ofuscación la posibilidad de pedir perdón a los que sufrieron.

Para decir las cosas con franqueza, no nos sorprende ni la virulencia ni la obcecación de Pinochet. Sin ese obsceno desprecio a la dignidad humana su propio régimen sería inexplicable y el terrorismo de estado no se hubiera entronizado en Chile. Lo que nos preocupa es que tan grosero y primitivo pensamiento político continúe pesando en las definiciones doctrinarias y éticas de la principal institución armada del país. Más aún, es imposible que no surga en nuestro ánimo una sombra de duda sobre el futuro, cuando pensamos que tan degradante visión de la vida humana esté siendo transmitida a los jóvenes cadetes que más adelante constituirán el cuerpo de oficiales del Ejército y que deberán asumir el compromiso de obediencia y no deliberación, esencial a un estado democrático moderno.

A luz de estos hechos, resulta evidente que la salud moral de la nación, la unidad y reconciliación entre los chilenos tienen aún un largo camino por delante. La reparación moral y la reivindicación de la memoria de los caídos es parte esencial de ese camino y tenemos que hacer más intensos los esfuerzos que nos permitan tener en la memoria histórica de la sociedad su imborrable legado democrático, solidario, humanista y transformador.

Compañeras y compañeros.:

En los meses recién pasados hemos asistido a la implementación de una cerrada estrategia de entorpecimiento de la acción gubernamental por parte de la derecha política. Su propósito ha sido evidente, presionar persistentemente de modo de imponer, desde fuera y desde su condición de minoría, los contenidos de trabajo que despliegue el gobierno. En especial, su pretensión se ha encaminado a despolitizar esa acción y disminuir al máximo la función orientadora de los partidos, intentando imponer en el sentido común de la sociedad la idea que los temas verdaderamente importantes y modernizadores son aquellos que no tienen que ver con la reforma y democratización del estado, sino que esencialmente los de contenido económico-social, entendiendo por tales las privatizaciones y las áreas de extensión de la acción de los grandes grupos económicos. De ese modo el neoconservadurismo ha intentado satanizar y deslegitimar, tal como lo hacia bajo la dictadura, el rol de la conciencia individual y colectiva de la sociedad.

Nos hemos opuesto tenazmente a esa pretensión, por que la misma no solo refleja una visión sesgada y unilateral de la realidad, sino porque además esa idea constituye y expresa la voluntad de imponer al país un tipo de modernización como la ensayada bajo la dictadura, vale decir, como la simbiosis de un estado autoritario, fuertemente jerarquizado y no participativo junto a un intenso proceso de crecimiento económico regido por la concentración de la riqueza y las más brutales desigualdades sociales.

Para nosotros democratización y modernización son dos aspectos de un mismo proceso, que deben ir de la mano y que se deben confundir en la gran tarea de derrotar la pobreza y la miseria, que marcan la existencia diaria de una parte todavía importante de los chilenos. En otras palabras, la subsistencia de un tipo de aparato de estado como el actual, con sus fuertes componentes de centralización del poder y de escasa articulación con los movimientos sociales, así como deformado en su capacidad de representación por efecto de la subsistencia de los senadores designados y del sistema binominal, no resulta funcional ni es el factor dinamizador y propulsor en el grado que se requiere de aquellos grandes objetivos nacionales, que se resumen en la gran tarea de hacer realidad la justicia social que cientos de miles de chilenos esperan.

Es por tales razones que hemos evitado que nos atrape la falsa dicotomía entre reformas políticas versus reformas económicas y sociales, de la misma manera que hemos evitado limitarnos a una discusión estéril entre transición versus modernización. El Partido Socialista ha reafirmado una y otra vez que la acción de la Concertación desde el gobierno y desde la sociedad, es un esfuerzo multidimensional en que se anudan y se complementan un conjunto de objetivos y tareas articuladas en el compromiso contraído ante la voluntad popular de erradicar la pobreza, los enclaves autoritarios y hacer realidad una sociedad más democrática, más justa y más libre.

Asumiendo la responsabilidad que nos corresponde como Partido de gobierno, nos hemos empeñado en materializar las reformas constitucionales que permitan excluir definitivamente del ordenamiento institucional aquellos resabios antidemocráticos dejados por el esquema de poder del pasado régimen dictatorial. Sin duda no ha sido ni es tarea fácil, los temores ancestrales de la derecha que se prohijó bajo ese esquema retienen una inmensa capacidad de bloqueo constitucional, que se ha reanimado en las últimas semanas torpedeando la propuesta de reformas constitucionales del gobierno. No obstante, el debate nacional que se ha suscitado, las divergencias en el seno de la oposición y la evidencia que existe una nítida voluntad de cambio sobre estas materias, indican con creces la validez del esfuerzo político en el cual hemos participado.

Por otra parte, ha surgido en el país una interesante y trascendente preocupación en el tema de las libertades culturales. Desde antes del episodio relacionado con la postal en que se proyecta al prócer latinoamericano Simón Bolívar con formas de mujer, se presentó en el debate nacional una corriente cultural católico-integrista que no ha ocultado su intolerante pretensión de imponer sus propios términos en el terreno de las ideas, la cultura y la creación individual. Se trata de imponer una determinada camisa de fuerza, que representa la verdad metafísica y dogmática de esos sectores. Es una reedición de los gérmenes avasallantes de una ideología que acepta y dialoga solo con una verdad, la propia. Los socialistas a los cuales se les impuso el exilio y la proscripción a fin que no pudieran difundir sus ideas y sus propias esencias culturales y creativas, repugnamos de una ideología tan manifiestamente totalitaria como la que transmiten los grupos y círculos ultra-conservadores que sostienen los actuales brotes de intolerancia en el país.

Asimismo, en esta etapa de instalación del segundo Gobierno de la Concertación, el Partido Socialista ha mantenido una permanente atención hacia las nuevas funciones y desafíos de la situación económico-social y hacia el reforzamiento del movimiento sindical en el escenario nacional. Buscamos comprender y orientarnos correctamente en las

amplia y sistemática, a fin que surjan las condiciones para que la conciencia nacional que respalda la lucha contra la pobreza se traduzca en un diseño que esté presente en el conjunto de la política económica y social del país.

Mantendremos con énfasis nuestra insistencia en ese aspecto de la conducción económica-social. Somos y seremos porfiados en la demanda de una mayor redistribución de los frutos de la riqueza que Chile produce, pues la experiencia indica, una y otra vez que, no existe una sola forma o tipo de modernización del país. La que se impone hasta ahora como resultado de la visión de país que impuso la dictadura, es de un marcado carácter oligárquico y tecnocrático. Por el contrario, pensamos que el gran desafío de una sociedad auténticamente moderna, es el de revertir la dinámica que consagra una especie de apartheid social, de un tipo de fragmentación social odiosa e inaceptable.

Si las fuerzas políticas de la Concertación abandonamos este reclamo en función de obtener un buen trato formal con el empresariado, o un falso certificado de modernidad en ciertos medios de comunicación, estaremos dejando de lado una de nuestras responsabilidades esenciales, inserta en la médula del reencuentro histórico que tuvimos en medio del esfuerzo para desplazar a la dictadura, vale decir, hacer realidad una mejor calidad de vida para los pobres y postergados del Chile actual.

Este conjunto de preocupaciones, las podemos sintetizar en una pregunta que brota del alma de la naturaleza popular de nuestro Partido acerca del tipo de democracia que se está reconstruyendo en Chile.

En efecto, embriagarse en el vértigo de una modernidad unilateral que a la vez de ofrecer consumo masivo y enajenante a un sector de la población se lo niega y excluye al otro; ser arrastrados por un tipo de política-espectáculo que pasa a ser parte de la trivialidad y de la idiotización de un tipo de globalización saturada por la ausencia de identidades y de raíces; aceptar impávidamente la destrucción de la naturaleza y del medio ambiente; resignarse al sometimiento de los libertades a los límites marcados por la arrogancia y agresividad del integrismo neoconservador, no constituyen por cierto las matrices, o los grandes parámetros de nuestra forma de comprender la economía, la cultura y el ser humano.

El Partido Socialista tiene un desafío decisivo: formular como Partido de la Concertación, propuestas, opiniones e ideas que rescaten la función profundamente constructiva, dinamizadora y progresista del quehacer político en el país. Dignificar y rescatar la política, como acción social consciente y constructiva, está en el centro de todo nuestro accionar.

Nuestra historia partidaria, con todos sus virtudes y defectos, el patrimonio ideológico y cultural de más de sesenta años, tiene que concentrarse en la tarea de reponer la política, la esfera de lo público, como un componente indispensable de una sociedad que aspira a regularse a sí misma y resolver sus grandes dilemas en base a la cooperación, la solidaridad y al opción por los más pobres, tenemos que superar la tentación al dominio perverso del dinero, al saqueo de la naturaleza y del cinismo cultural. Tenemos el deber de asumir un diálogo con la sociedad que convoque a la razón y al revigoramiento de la dignidad humana frente al fervor consumista, que reduce y confunde el consumo exacerbado de un puñado de individuos con la felicidad del hombre.

Para eso, es nuestra Conferencia sobre el Proyecto Socialista, para pensar y reflexionar individual y colectivamente, a fin que seamos capaces de dar cuenta de los cambios enormes, insospechados, que han transformado cualitativamente la vida social en Chile y en el mundo en menos de una década.

Muchos piensan que el desarrollo de la informática y de la electrónica, que la tercera revolución industrial, que el prodigioso cambio en las telecomunicaciones y la transnacionalización de la economía, significan un verdadero cambio de época. Es posible que así esté ocurriendo. Pero para ser justos, estas mutaciones planetarias alcanzan un elevadísimo grado de autonomía respecto de su propio creador: el ser humano desorientado por las consecuencias de sus propias obras, recreándose así las premisas filosóficas básicas del pensamiento socialista. El ideal de una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales en la que nos hizo pensar Marx, irrumpe con vehemencia en los sueños del ser humano, a pesar que su materialización se presente más lejana y distante.

Resulta paradójal que antes que el término de la guerra fría no ha evitado nuevos y desgarradores conflictos bélicos y tampoco ha traído, aunque sea de manera incipiente, una nueva relación de los hombres entre sí y con su entorno, la naturaleza. Es decir, la gravedad y extensión de los nuevos fenómenos ha provocado en influyentes sectores de la intelectualidad y en significativos segmentos sociales, la sensación de un vacío de ideas, de valores y principios del que resulta prácticamente imposible retornar frente a la magnitud que alcanza el poder y supremacía de las gigantescas corporaciones transnacionales.

tensiones lógicas que conllevan las definiciones a largo plazo en la estrategia económica, con las urgencias inmediatas de la lucha contra la pobreza. Respondiendo a esta multiplicidad de nuevos fenómenos que reclaman nuevas definiciones, la dirección del Partido dedicó extensas jornadas que han producido un conjunto de opiniones que se han volcado a un fluido diálogo con la autoridad económica.

Nuestra conclusión central es que se requiere, por parte del Gobierno, establecer un eje articulador, es decir, un programa de acción que sea el centro de gravedad del conjunto de la acción del sector público, en el que se ensamblen dinámicamente las necesidades de democratización y modernización del país.

Siendo evidente que la acción sectorial de las diferentes áreas tiene su propia lógica y autonomía operacional, lo que definirá el balance estratégicamente positivo del Gobierno, será el resultado global, que está expresado en sus grandes aspiraciones, en el programa de la Concertación, pero que reiteramos, requiere aterrizar en un programa de acción más preciso y orientador.

Atendiendo a esta premisa de fondo, la Comisión Política respaldó en su oportunidad la convocatoria a una manifestación masiva de la C.U.T., en el convencimiento que la presencia de los diferentes actores y movimientos sociales, es un elemento esencial en la definición de una estrategia que equilibre adecuadamente las tareas de largo plazo con aquellas de corto plazo.

En otras palabras, la legitimidad del manejo de las variables macroeconómicas, depende en medida muy importante de la capacidad efectiva que muestra el Gobierno a través de iniciativas concretas - como es el caso del impulso a un nuevo trato laboral - de hacer llegar los frutos del aumento de la productividad y de los avances en materia de crecimiento a todos los chilenos y, en especial, de elevar la participación de los trabajadores en una distribución más justa del producto nacional.

En este sentido, hemos puesto el acento en la necesidad de rediscutir, revisar y rediseñar los instrumentos y mecanismos de la distribución del ingreso en cuanto, la ausencia de regulaciones en beneficio de toda la sociedad, favorece que opere con toda su lógica de concentración económica y exclusión social, la acción espontánea de las leyes de mercado. Este último no ve la demanda social que su propia acción produce y, por tanto, debe ser continuamente regulado desde la política. Por eso que las fuerzas minoritarias que exacerben su poderío gracias a la acción ciega del mercado, profesan un antipartidismo y un apolitismo interesado y unilateral.

El documento "Hacia donde se encamina el desarrollo chileno" presentado por la dirección del Partido al Gobierno en julio pasado, constituye un paso hacia la reelaboración de una propuesta socialista que asuma esta realidad.

Este esfuerzo no ha pasado desapercibido para quienes formularon y aplicaron la política económica de la dictadura, esperando que los problemas sociales se resolvieran por vía del "chorreo", proveniente precisamente de los niveles de máxima rentabilidad de los principales grupos empresariales. Es así que el ex-Ministro de Hacienda y de Interior del régimen militar, señor Carlos Cáceres, se ha adelantado a intentar, una vez más, descalificar nuestros criterios alertando acerca de la existencia de un "neoestatismo" en el país.

Basta el solo concepto, es decir, "neoestatismo", para saber que se trata de deslegitimar el impulso a políticas públicas que cautelen el interés nacional y, que en particular, promuevan medidas que modifiquen la situación de marginalidad de los más pobres, asociando esas políticas públicas con las imágenes sobreideologizadas, arbitrarias y abusivas acerca del rol del Estado, en las cuales se apoyó la dictadura para imponer pocos años atrás una bifurcación social tan espantosa como condenable.

Para nosotros, por el contrario, en la lucha contra la pobreza hay una responsabilidad esencial en la definición y aplicación del rol del Estado como regulador, orientador e impulsor de una visión y de un concepto de país en el cual la equidad social esté orgánicamente incorporada. Es tarea de quienes gobiernan evitar la definitiva escisión de la nación en dos países, ya no sólo separados sino irreparablemente enfrentados entre sí.

Se trata, en nuestra opinión, que el tema de la pobreza no es sólo un déficit incomodo en las estadísticas, sino que resulta ser la consecuencia inevitable de la implementación del modelo económico en las condiciones en que fue establecido por la dictadura. De modo que, la gran orientación hacia un crecimiento con equidad, cuyas formulaciones iniciales se dieron en la administración de Patricio Aylwin, es un desafío a profundizar y materializar de manera más

En democracia, el Estado reasume la cultura aceptando su propio ámbito y autonomía, respetando irrestrictamente la libertad de expresión y creación, y promoviendo esas libertades, generando las debidas oportunidades de acceso a toda la sociedad y evitando la captura y unilaterización de la misma, por parte del financiamiento del sector privado.

Compañeras y compañeros:

El debilitamiento de lo público y de la política, así como el desenfreno del individualismo ha introducido en el país la preocupación por la ética y la probidad en la función pública. Para nosotros los socialistas, el rescate de la ética y la lucha contra la corrupción comienza con la democratización del poder.

Es decir, con la creciente correspondencia entre lo público y lo social. Con el traspaso de autoridad, con la descentralización y con la creciente capacitación de los actores sociales al ejercicio de ese poder, a fin que se ponga freno a la manipulación que surge del uso reprobable del dinero.

De allí que nos repugne el cinismo de aquellos que hoy hablan de ética y probidad y hace pocos meses, en la última campaña electoral, emplearon miles de millones de pesos, provenientes en su mayoría de la elevadísima rentabilidad de las empresas del sector público que se traspasaron al sector privado y que se usan como resguardo material de un poder político sobredimensionado, coludido en la preservación de cuotas de poder para el ex-dictador.

Gracias a la privatización de la economía, la minoría cuenta con un soporte financiero que empalmado con los enclaves autoritarios le permite chantajear y obstruir gravemente el derecho de la mayoría al ejercicio del Gobierno de la nación.

Este es, a nuestro juicio, el problema de fondo. Agravado por la imagen de presentar lo políticos y la política como una acción de lucro más al servicio de cada individuo por separado.

Por eso que se hace imperioso, la profundización de la democracia, el aumento de la participación social, la incorporación de los ciudadanos a la cosa pública, a fin de derrotar la siembra de apoliticismo que hace el autoritarismo, que cabalga como siempre en el desprestigio y la pérdida de confianza de la sociedad hacia la política.

La lucha contra la corrupción y por la probidad es por sobretodo el esfuerzo para articular movimientos sociales y participación ciudadana a fin de darle más vigor a la reconstrucción democrática y empujar la transformación de los hábitos, costumbres y estructuras autoritarias de hacer política que heredamos de la dictadura más cruenta de la América Latina contemporánea.

Compañeras y compañeros:

El Partido Socialista ha sido parte activamente comprometida en los seis meses de gobierno del Presidente Frei. Consideramos haber respaldado con la mayor lealtad su gestión y haber asumido nuestra responsabilidad de Partido de Gobierno sin equívocos ni ambigüedades.

Hemos trabajado con la mente abierta y sin sectarismos, para desarrollar una política socialista en la Concertación, y pensamos que hemos avanzado en esa dirección. Sin la intención de un copamiento burocrático de la alianza de gobierno, como alguien equivocadamente insinúo, hace pocos días, sino que para contribuir más eficazmente a la materialización del proyecto político que nos anima en este período: lograr la plena y cabal reimplementación de la democracia en Chile.

Sin embargo, situaciones que a todas luces escapan a la responsabilidad de los socialistas llevaron a que en el curso de la semana, el Presidente de la República solicitara la renuncia del Gabinete y causara el alejamiento del compañero Germán Correa del Ministerio del Interior.

El país ha percibido nítidamente que tal decisión ha provocado un severo impacto en el Partido, que ha sentido que tal decisión no se corresponde con la conducta de coherente lealtad que el compañero Germán Correa y el Partido hemos mantenido nuestro apoyo al Gobierno. Digámoslo claramente, nos parece una determinación injusta que lesiona además, seriamente, el proceso positivo de desarrollo de una política socialista en la Concertación, en cuanto a la línea de protagonismo constructivo en que nos empeñamos en este período se percibe seriamente cuestionada.

Esta sensación de desencanto fortalece el ensimismamiento del individuo y debilita el valor del quehacer político, acentuando sus propias carencias y proyectándole hacia la sociedad como una acción irrelevante e impotente en relación al poderío de las fuerzas ciegas del mercado; así como una esfera cerrada a un grupo de entendidos o incluso como una actividad de una clase ambiciosa y corrompida.

Este fenómeno universal refuerza la idea que cada día más, muchas particularidades del proceso político nacional, no serán más que la traducción chilena de los dilemas de una sociedad globalizada, que no aprende aún a vivir y desenvolverse como tal. Nuestros problemas serán crecientemente problemas universales, seguramente acentuados y agravados por el tamiz de una sociedad marcada por los desequilibrios y las desigualdades.

En este cuadro global debemos explicarnos el resurgimiento de los fundamentalismos religiosos, las odiosidades raciales y nacionalistas y las intolerancias culturales. Es decir, el repliegue y ausencia de la idea socialista en el debate mundial, no sólo afecta a las fuerzas socialistas sino que impacta negativamente en el conjunto del proceso mundial. Por eso, más que pensar en retroceder mimetizando y asemejando la propuesta socialista, a las grandes corrientes de pensamiento que aparecen imponiéndose temporalmente, se trata del refortalecimiento de la idea socialista, de sus conceptos y propuestas, que apelan a la razón, a la sociedad y al ser humano, para insertarnos con vigor en la búsqueda universal de un destino mejor, más digno y justo para una humanidad confundida y desorientada.

Las circunstancias apremian por el diseño y puesta en marcha de un humanismo crítico que exprese lo mejor de los orígenes libertarios de nuestro pensamiento político, ya que, seremos testigos de cambios históricos en el país y en el planeta que acentuarán las mismas y graves deformaciones estructurales y sus enormes costos humanos, sociales y ecológicos, que motivaron la intensa actividad intelectual, filosófica y práctica de los grandes pensadores que forjaron el movimiento socialista en el siglo pasado.

El enorme espacio social que conlleva esta situación es el lugar en el cual la fuerza socialista que estamos reconstruyendo debe actuar nítidamente, recuperando un sentido esencialmente humano para la acción política, promoviendo la alteración en un sentido progresista de las inicuas desigualdades y discriminaciones y volcándose apasionadamente a la lucha por la definitiva consolidación democrática en el país.

De modo especial, debemos constituirnos en una fuerza política que impulse y articule la reorganización del tejido social, es decir, aquella tupida red de contactos y puntos de encuentros en que la configuración de un sujeto social constructivo contribuya a atajar, o al menos debilitar, el individualismo sin fin a que es empujado el ser humano, especialmente, aquel que ha quedado atrapado en el círculo vicioso de la marginalidad urbana y rural. Se trata de recobrar la dimensión de la participación social como un preeminente mecanismo para encausar la demanda social y que la misma encuentre base y consistencia propositiva.

Visto en una perspectiva de más largo plazo, el humanismo que compromete nuestra razón de ser, es aquel que arranca de un compromiso por la justicia, que abomina de las atroces desigualdades existentes y que se confunde en la reivindicación de una vida más bella, más digna y necesariamente más amante de la naturaleza. Un humanismo que se prodigarán en el empeño de evitar daños irreparables al ser humano y al planeta que lo cobija.

En resumen, vivimos un momento en que no es irrelevante que el Partido Socialista, como parte de la Concertación y del Gobierno, reafirme su vocación libertaria y su voluntad de defender y ampliar irrestrictamente, los espacios de libertad cultural conseguidos por la lucha democrática del pueblo de Chile, muchos de los cuales no lograron siquiera ser sofocados por la dictadura.

Es de la esencia de una sociedad democrática la tolerancia, el pluralismo y el respeto a las libertades individuales y la diversidad social-cultural. Todo ello no es sino que parte y expresión del conjunto de la libertad propia de un régimen democrático.

El campo de la cultura no es, por cierto, el mismo de la política y así como en este último hemos agotado, sin dejar de lado ninguna posibilidad, las gestiones para alcanzar acuerdos que fortalezcan el proceso democrático, en el tema cultural hemos llegado a la conclusión que es indispensable debatir y encarar el cinismo, la hipocresía, el mercantilismo y el doble estándar que se condensan y cobijan en el integrismo de nuevo cuño que pretende atenzar la sociedad chilena en la camisa de fuerza de un comportamiento mediatizado, pueril, egoísta e infinitamente chato y vanal.

Este Consejo General deberá indicar los pasos futuros del accionar del Partido. En nuestra opinión, los mismos deben ser coherentes con la línea de consolidación y profundización de la democracia que constituye la base refundacional política en la que se ha inspirado y sostenido la reunificación del socialismo, y con lo que ha sido capaz de ir derrotando consistentemente a la dictadura y la herencia de autoritarismo y marginalidad que quedó en el país. Somos el actor de izquierda más sólido y representativo dentro de esa mayoría nacional.

Esa línea general, tiene que expresar e interpretar, más cabalmente, la realidad social de nuestro pueblo y responder con más capacidad propositiva las situaciones que genera las desigualdades y discriminaciones que sufren hombres y mujeres.

Durante un tiempo mas largo de lo prudente, nos hemos centralizado en la dimensión estatal de nuestra política; pero la misma, es mucho más que eso y tiene que abarcar a toda la sociedad y revitalizarse en los frentes sociales y en los nuevos temas que conmueven a la sociedad: la presencia de la mujer, la demanda de la juventud y el desafío ecológico.

Tenemos condiciones para conseguir estos propósitos. Podemos afirmar que la salud interna del Partido está en alza y ha respondido muy bien ante las nuevas dificultades. Los socialistas no somos una fuerza obsecuente frente al poder.

No nacimos ayer a la política nacional en un acto involuntario de otros. Nuestra existencia está en la raíz y el nervio de las luchas sociales de este siglo y sabremos mantener incólume la dignidad y la entereza que nos enseñó Salvador Allende.

En estos días, ha quedado aún más claro que, la representación coherente del mundo popular depende decisivamente de lo que los socialistas seamos capaces de hacer. Y debemos encarar ese desafío, fortaleciendo la Concertación e impulsando una conducta que no se somete al chantaje de la derecha y a su pretensión de imponer una agenda sin contenido político, que de la espalda a las grandes necesidades de transformaciones democráticas planteadas ante el país.

Muchos años pensamos que la lucha contra el sistema de explotación capitalista exigía de un cuerpo teórico suficientemente granítico para evitar que fuera anulado por la supremacía de la ideología dominante. Esa lógica cercenó, rigidizó y, a la postre, anuló el sentido esencialmente crítico, innovador e irreverente de nuestro pensamiento político. Los sucesos que vivimos no solo los de carácter nacional, sino que sobretodo, los de carácter internacional nos interpelan a un compromiso, a un pensamiento político y a una filosofía esencialmente críticos, que sean capaces de fundirse en instrumentos conceptuales que estimulen la libertad de juicio y discernimiento, el debate ideológico y el cambio social que está pendiente. Al logro de estos propósitos, propios del socialismo y del conjunto de la Concertación es preciso poner a disposición un proyecto de sociedad, nuevas formas de hacer política que unan y afiancen la mayoría nacional, que impulsa y sostiene el proceso democrático.

Hoy sabemos perfectamente bien que hablar de cambio social y de una sociedad más justa y más humana, no está puntualmente referido ni muchos condensado en un acto de fuerza que provoca el traspaso del poder político, aún cuando en muchos lugares del mundo, sea esa realidad el factor ordenador de la situación que viven muchas sociedades; sino que, hablar de cambio social, convoca a una especial capacidad subjetiva, analítica y política de ubicar y resolver los nudos y centros vectores en los que se juega y decide el desarrollo social, a favor o en contra, de la creciente humanización de las relaciones sociales, de las necesidades de los grupos sociales excluidos o postergados y , en medida no menor, de aquellos focos de contradicciones de los que depende el interés universal, en un mundo en que el hombre ha llegado a tener en sus manos los instrumentos que pueden terminar con su propia existencia.

El compromiso ético con los más pobres nos convoca a la búsqueda de los métodos que permitan hacer realidad el cambio social en beneficio de la mayoría en las nuevas circunstancias, originales e inéditas en que nos corresponde realizar la política socialista con la lucidez de una rica experiencia política y con la voluntad de una razón que nos empuje al esfuerzo incansable por la justicia social, encaremos los desafíos de esta etapa histórica. Allende nos acompaña.

Muchas gracias.